

EL NUEVO PENSIL DE IBERIA.

PERIODICO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS

3.^a ÉPOCA. JUEVES 10 DE JUNIO DE 1858. NÚM. 25.

Advertencia importante.

Las personas que se suscriban abonando desde primero de Mayo, recibirán gratis, además de la lámina grabada en acero y los pliegos ya repartidos en el mes de Mayo de las dos obras *La Historia de los Montañeses* y *El Loco del Palacio Real*, los pliegos de esta última obra publicados anteriormente.

La empresa de este periódico, que tantas ventajas efectivas ha proporcionado á sus suscritores en los dos años que cuenta de existencia, se propone realizar en él otras mejoras de no menos importancia.

En el próximo mes, *El Pensil* estrenará una elegante fundición, comprada ex profeso, y por poco que aumente la suscripción dará cada mes un nuevo número sin aumentar el ya baratísimo precio de suscripción.

Que los señores suscritores sigan como hasta aquí, interesándose por el éxito de nuestras tareas y procurando el aumento de la suscripción y estén seguros de que el periódico irá aumentando en lectura, como ha venido aumentando desde su fundación, á medida que aumente el número de sus lectores.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz 3 rs. un mes: 8 rs. tres meses: 15 seis meses: 26 un año llevado á domicilio. Fuera 10 rs. trimestre, 19 el semestre, y 35 un año; advirtiéndose que no se servirá suscripción que no se pague adelantada.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Cádiz en la imprenta de D. José María Guerrero, calle de San José, esquina á la de Armengual, y en su redacción calle de San Rafael número 13 moderno; donde se dirigirán toda clase de reclamaciones.

Fuera, en las principales librerías.

Este periódico se publica los dias 10, 20 y 30 de cada mes.

Suspendemos por algunos dias la publicacion del *Mundo de los Pájaros* para hacer lugar á la de

LOS INSECTOS.

Las hormigas.

I.

SU MENAJE : SUS BODAS.

Hemos seguido á las aves en los dominios del vuelo, del espacio y de la luz; pero dejábamos la tierra y esta no nos dejaba. Las melodías del mundo alado no nos impedían oír la querella de un mundo infinito de tinieblas y silencio, cuya lengua casi muda busca todavía la voz. En una palabra, en contra de las aves se ha elevado á nuestra justificación la reclamación de los insectos.

Reclamación á la verdad imponente por el número de los reclamantes. Nuestras colecciones, dice Letreille, aunque recientes é incompletas, contienen cerca de cien mil especies. Pero un cálculo verosímil de Cardoelle y Lacordaire, fundado en que cada planta sustenta al menos tres órdenes de insectos diferentes, eleva el número de estos, segun el de las plantas conocidas, á 360,000 especies. Si se considera la espantosa fecundidad de la especie, se hallará que la menor legión de este inesplicable ofrecería, si pudiera contarse, mas de individuos que los animales superiores centenas ó docenas. Notad ademas que todo ser sustenta otros seres en su superficie, en el espesor de sus sólidos, en sus flúidos y en su sangre: cada insecto es un pequeño mundo habitado por insectos, que á su vez contienen otros. Aun hay mas todavía: en las masas que habíamos creído minerales é inorgánicas, se descubren unos animalejos de los que serian precisos 43 millones para obtener un volumen igual al del menor grano de arena; animalejos que presentan el bosquejo de un insecto, y que podrían llamarse con razon insectos rudimentarios. Tan grande es su número, que una sola especie forma con

sus restos una parte de los Apeninos; y con sus átomos se ha alzado el enorme espinazo de la América llamado Andes ó Cordilleras. Los moluscos, que tantas islas han hecho surgir de las aguas del mar del Sur; que, como lo prueban las últimas operaciones practicadas con la sonda, incrustan con sus cuerpos microscópicos el fondo del mar en el trayecto de las 1,200 leguas que nos separan de la América del Norte, y que están calificados por varios naturalistas con el nombre de insectos embrionarios, figuran con sus fecundas tribus como una dependencia de ese gran pueblo superior, ó mejor quizá, como candidatos á la dignidad de insectos.

Por el tiempo en que murió Galileo, nació Swammerdam, el Galileo de lo infinitamente pequeño. ¿Qué sabíamos ántes de ellos acerca de *los dos infinitos*? Absolutamente nada. La célebre página de Pascal, tan citada sobre este asunto, es el pueril asombro de la humanidad, tan vieja y tan jóven al mismo tiempo; que empieza á apercibirse de su crasa ignorancia; que abre en fin sus ojos á la realidad, y se despierta entre dos abismos.

Es tan absorbente nuestra profesion por su índole especial, que habíamos pasado la mejor parte de la vida en la ignorancia en que la humanidad estuvo sumida tantos siglos. El año 1854 fué para nosotros lo que para ella la era de Swammerdam y Galileo. Los libros de los dos Huber, dieron el golpe decisivo. Estos observadores, respondiendo con hechos á las rancias hipótesis *del instinto ciego*, han descubierto en las abejas y en las hormigas, no ya artes invariables de una regularidad mecánica, sino facultades creadoras y una prodigiosa invencion para sobreponerse á las mas arduas dificultades. Hallar en existencias tan diferentes de la nuestra esas luces que se llamarían humanas, ese crepúsculo, ese boceto de la inteligencia, espanta á primera vista. Pero esta impresion infantil, indigna del hombre, desaparece en seguida para dar lugar á una alegría reflexiva. En efecto, qué hombre de corazon y verdaderamente religioso, podrá al ver, desde las hormigas hasta los astros, no verse en la gran ciudad, al espíritu por dó quiera, á la inteligencia ocupando el infinito con su plenitud?

Estas ideas fermentaban en nuestra mente en 1855, cuando nuestro viejo Reaumur y otros observadores en manera alguna sistemáticos, nos hicieron notar en infinitos insectos, muy inferiores á las abejas y las hormigas, en la miserable *mita*, que se alimenta de nuestras telas, esa singular facultad de variar su arte y de oponer una nueva habilidad á nuevas necesidades. De este modo marchábamos de sorpresa en sorpresa.

Cuando llegó el estío, dejamos nuestras colecciones y salimos de Paris resueltos á observar y experimentar, sin otros preparativos que un excelente microscopio.

Añadamos ¡ay! el éter y el escalpelo, porque para ver y mucho mas para ver el interior de esos seres dotados de tan extraordinaria actividad, es indispensable dejarlos en la mas completa inaccion. Debíamos, pues, resignarnos á cometer nuestros primeros crímenes.

Ninguna soledad nos convidaba mas naturalmente que la de los Alpes, el pais de los Haller, de los Huber y de los Bonnet; empezó el estudio serio á que nos queríamos consagrar y nos impidió ver aquellas montañas. El himno ó la eterna epopeya de los infinitamente pequeños. La vida (y sobre todo la vida de tormentos que era preciso hacer sufrir á los imperceptibles) hablaba en ellos mas alto que esos gigantes de nieve en su sublime quietud. Primeramente en el lago de Ginebra; despues ante los Alpes de Berna, y finalmente, en las orillas del lago de los Cuatro-Cantones, no léjos de Lucerna, hicimos muchas observaciones. El lugar favorito de nuestros paseos y estudios en esta ciudad, era un pequeño bosque de abetos situado sobre el lago. Ningun paisaje mas encantador, mirando hácia la ciudad; ninguno mas solemne y magestuoso por el lado en que nuestra vista penetraba en San Gotardo y en el anfiteatro de las montañas. Pero esta esplendente magnificencia y estas moles inmensas desaparecian á los primeros pasos ocultas por los abetos. Entónces nos creíamos al fin del mundo. La luz se iba estinguendo, y todos los ruidos disminuían; hasta la vida parecia haber huido de aquellos parages. Este es el fenómeno que ordinariamente se observa en estos bosques al primer golpe de vista; pero despues todo cambia completamente. La superioridad que ejerce el abeto sobre los demas vegetales que quisieran elevarse á su sombra, aclara el interior, y, cuando se ha habituado la vista á esa especie de crepúsculo, se ve mejor á lo léjos y se observa con mas facilidad que en la inestricable confusion de los bosques ordinarios donde todo forma un obstáculo.

Lo que este bosque nos presentaba, primorosamente bajo sus nobles y fúnebres columnas, que bien se hubieran podido tomar por las de un templo, era un espectáculo de muerte; mas no de una muerte tétrica, sino engalanada, rica y agradable como la que la naturaleza suele conceder á los vegetales. A cada paso los seculares troncos de árboles cortados y aun no arrancados, aparecian vestidos de un incomparable terciopelo verde, admirable tela salpicada de musgo suave al tacto y encantador á la vista por sus luces, reflejos y cambiantes. ¿Pero dónde se hallaba la vida animal? Nuestro oído se acostumbró á reconocerla y adivinarla. No atudimos al silbido de los pájaros, ni á la extraña risa del pico, señor visible de la comarca; nos referimos á un pueblo al que los pájaros hacen la guerra. Un rumor mas fuerte que el dulce murmurar de un arroyuelo, nos advirtió

que las avispas ponían su tangendo en la selva. Ya habíamos visto su avispero, á donde algunas nos habían guiado con marcadas señales de poca benevolencia. En los sitios del bosque menos frecuentados de las avispas, fugaces, confusos é inesplicables rumores salían de los abetos cual si se hallasen animados. ¿Eran por ventura sus Driadas, ó antes bien sus enemigos interiores? Los rumores eran tan débiles, que dudábamos de su realidad; hubiérase dicho que existía algo entre el rumor y el silencio que no hablaba, pero que iba á hablar.

(Continuará.)

CARICATURA ES EL MUNDO.

ROMANCE.

Caricatura es el mundo
entre risible y sangrienta,
de sus heridas se burla
y de sus burlas se queja.

Caricaturas son todos
los gusanos que hormiguean,
los que callan y obedecen,
los que atrevidos imperan,
los que gozan descarados,
los que sufren y se quejan.
Ridículos ¡vive el cielo!
los curanderos se muestran,
y los enfermos ridículos
que salud de ellos esperan.

El aristócrata ahito
con título y carretela,
de vientre protuberante
y lacayos con librea,
que vendió ayer... chocolate
sin cacao y sin canela,
y que hoy á la faz del mundo
blason y título ostenta,
¿no es una caricatura
de nuestra antigua nobleza?
¿Y esta sociedad menguada
que lo acoge y lo respeta,
que lo produce y lo ensalza
y hasta las nubes lo eleva,
¿no es una caricatura
ridícula al par que necia?

Caricatura es el mundo
entre risible y sangrienta,
de sus heridas se burla
y de sus burlas se queja.

Dando batallas campales
en estrados y alamedas,
hay matamoros que ascienden
y ser en su orgullo piensan
nuevos Martes, fieros dioses
de la matanza y la guerra!

Sus colorines, inflados
como lacayos pasean,
y el vulgo caricatura
caricatos reverencia,
y porque brillen trabajan
con ardor en su faena:
caricaturas, que en sangre
inundan monte y laderas,
caricaturas risibles,
caricaturas sangrientas,
caricaturas que el mundo
en edades venideras
debe enseñar á sus hijos,
secas momias entre rejas,
como extraños megaterios
que en los museos conserva
para recuerdos terribles
de las monstruosas fieras,
que en épocas de barbarie
dominaron el planeta:
tiempos felices por cierto,
edad venturosa aquella
en que solo en los museos
pólvora y balas se vean
para pasmo de chiquillos
y estudio de edades necias.

Caricatura es el mundo
entre risible y sangrienta,
de sus heridas se burla
y de sus burlas se queja.

¿Y qué diré ¡Santo Dios!
de agiotistas que hormiguean
como vampiros que chupan
la sangre de nuestras venas;
que comercian con el hambre
que comercian con la guerra,
que comercian con la honra
y con el vicio comercian?
Y que este tráfico infame,
que santa moral reprueba,
lo enaltecen, y ellos suben
en sus andas á dō pescan
entre contratos secretos
públicamente carteras,
cruces, títulos y... viento
y millones con que afrentan
al pobre caricatura
que trabaja en la miseria,
mientras sus caricaturas
impudicamente pasean.

Caricatura es el mundo
entre risible y sangrienta,
de sus heridas se burla
y de sus burlas se queja.

Orador caricatura
habla del cielo y la tierra,
del Oriente y Occidente,
y de la palingenésica
catástrofe diluviana
que asoma tras su librea:
—licurgos caricaturas
oyen con la boca abierta,
Grandilocuente le llaman,

y sus aplausos resuenan
en el mundo, á quien solo
del discurso en las orejas
le retumba la algazara
de estrañas voces y necias;
pero aplaude, porque aplaude
el que dirige la orquesta,
y por algo serio toma
lo que dice su esclencia.

Caricatura es el mundo
entre risible y sangrienta,
de sus heridas se burla
y de sus burlas se queja.

Pintores caricaturas
en caricaturas muestran
imágenes de este siglo,
edad caricaturesca,
que de sí misma se burla,
de tener honra se afrenta,
y aplaude cuando se mira
arrastrarse por la arena,
descamisada, que el vicio
su camisa astuto pesca;
y aplaude cuando se mira
retratada en una puerta
en sucia litografía
que sus bajezas revela.

Caricatura es el mundo
entre risible y sangrienta,
de sus heridas se burla
y de sus burlas se queja.

¿Dó está lo grande, lo noble,
dó lo heróico que merezca
el dictado de sublime
en esta mísera época?
Principios caricaturas,
caricaturas groseras
producen en los palenques
de las artes y las ciencias,
de la moral, la política,
la industria... charlatanesca.
De mogiganga en el mundo
donde basta la apariencia
de cristiano, de valiente,
de sabio, aunque se sepa
que impío, necio y cobarde,
no hay defecto que no tenga;
con tal que tenga dinero
basta al mundo la apariencia,
y si dinero no tiene,
aunque mas virtudes tenga
que el que inventó la virtud,
sabio el mundo le desprecia;
que el mundo es caricatura
tan risible como necia,
de sus heridas se burla
y de sus burlas se queja.

F. GARRIDO

INDUSTRIA.

CONFESIONES DE UN PERIODICO ATRASADO.

Yo no lo sé, y aun que lo supiera no me pertenecería el decir cuánto interés escita, cuánta importancia se da generalmente á un periódico acabado de salir, fresco, húmedo aun de la tirada; pero lo que sí sé, lo que podría decir es cuán poco caso se hace de un periódico del día anterior, y con mucha mas razon del que lleva una fecha mas atrasada!

Mi mismo hijo, jóven chaptal, de muy pocas esperanzas, mi hijo, enseñado, sin embargo, por mí á respetar los papeles escritos, cuando el domingo abandona la casa paterna para volver al colegio, no vacila un momento en apoderarse del primer periódico que le viene á mano para envolver la merienda.... ¡el monstruo!

¿Y por qué lo condeno? si yo, yo mismo, gran Dios, le doy el ejemplo!

Y cuánta razon tienen, despues de todo, los ultramontanos, en decir que ha llegado el momento de reconstituir la familia, devolviendo á los padres el derecho de vida y muerte sobre sus hijos.

Yo, viejo periodista, hombre de letras y de papeles, arrastrado por la costumbre, trato á los viejos periódicos como á herejes, quemándolos para encender la chimenea! justo castigo reservado á los libres pensadores!

Esta mañana habia ya arrugado un papel para consagrarlo á tan humilde sino, cuando de repente oí cierto murmullo semejante al de la llama cuando devora un papel; sin embargo, el periódico no ardia, estaba aun intacto en mi mano. Escuché y el ruido fué cada vez mas distinto, pronto percibí quejas, palabras, frases enteras.... No habia duda, el viejo periódico me suplicaba que no lo quemase.

No me preguntes, joh lector! el por qué ni el cómo de fenómeno tan estraño: en este tiempo de milagros que corre, me he decidido á no dudar de nada. Me concreto á afirmar el hecho y antes de creerlo puede el que dude ensayarlo por sí mismo.

El periódico hablaba, esto es lo cierto, y su voz era cada vez mas inteligible. Pronto lo comprendí y sentí gran placer en escucharlo. El viejo periódico razonaba, lo que no siempre sucede á los nuevos.

Establecióse entre los dos cierto lazo simpático y misterioso, indefinible, análogo al que nos une á los seres que ya no existen entre nosotros y que sin embargo sentimos como en nosotros mismos, comunicándonos con ellos y teniendo conciencia de su existencia aun que no podemos explicarla.

Esta hoja de papel sucia y arrugada me inspiró un vivo interés, que no me avergüenzo de confesar, y he tenido desde entonces con ella conversaciones que valen mas, á fé mia, que esos insípidos é insustanciales coloquios de las gentes de tono sobre los inagotables temas del calor, del frio, de la crueldad de los hombres y la ligereza de las mujeres.

Para que podais juzgar, voy á contaros una de mis familiares conversaciones con el periódico hablador.

—Cuántas gracias te doy, me decia, por haberme conservado, escuchando mi súplica. Bien sé que tarde ó temprano será preciso que mi destino se cumpla; pero despues de tantas vicisitudes, de tantos sufrimientos, tengo necesidad de la tregua que tú me has concedido.

—¿De qué vicisitudes y de qué sufrimientos me ha-

blas? Me parece que semejante á los grandes señores de que habla Fígaro, tú no te has tomado mas trabajo que el de nacer y nada mas. Como las rosas, has tenido la ventaja de no vivir mas que un dia, ¿de qué te quejas, pues?

—Ab! me respondió el viejo diario, con voz nerviosa é impaciente, ya te conocia yo bien ¡oh el mas descuidado de los hombres! Tú no ves mas que la superficie de las cosas, y no consideras en mí sino el producto efímero, la hoja de un dia, destinada á convertirse en cenizas al dia siguiente. Tú no sabes, no comprendes que mi existencia está ligada á millares de existencias, que yo remonto, como tú y como todo lo que vive aquí bajo el origen de la creacion: que yo he tomado parte en todos los progresos realizados, y que seguiré tomándola en cuantas conquistas haga en adelante el espíritu humano!

Como manifestase mi admiracion, por introduccion tan pomposa, el viejo periódico dijo para convencerme: «Escucha mi historia, mi confesion. Yo la abreviaré cuanto me sea posible para que no te fastidies; pero qué digo? estoy seguro de que te interesará.

«Mis recuerdos remontan á muy lejos, soy de la raza céltica, y entre las familias humanas que se enorgullecen por su antigüedad, no hay una cuyo origen se pierda como el mio en la noche de los tiempos.

«Al principio era yo esa pequeña planta fina y esbelta con flores azules, que vosotros llamais vulgarmente lino y de la cual, entre los celtas, las mujeres se reservan el cultivo. Sí: yo he vivido, he sufrido y he pacientemente germinado en los flancos de la tierra: un dia, al fin, yo crecí bajo la benéfica influencia del sol; mi tallo filamentosó se cubrió de flores encantadoras que entregaron amorosamente sus frescos cálices á los besos de las mariposas y á las caricias de la brisa.

«Aquellas fueron las horas benditas de mi juventud, y yo me abandonaba con toda la inocencia de mi edad á los primeros trasportes de la vida. ¡El cielo era tan puro, tan cálidos los rayos del sol! ¡Cuán lejos estaba yo entonces de pensar en la suerte que me esperaba, ni en las trasformaciones que debia sufrir!

«Mis flores se marchitaron bien pronto: una niña vino cierta mañana á arrancarme cuidadosamente el tallo, que despues de muchas faenas se convirtió en un hilo de extrema delicadeza. Algunas mujeres se apoderaron de él, y con gran paciencia lo hilaron, dándole cierta consistencia, y en este estado fui vendido á un manufacturero, que lo primero me llevó á una gran fábrica, y luego me entregó á un tejedor que con su pobre familia vivia á las orillas de un riachuelo: ¿qué iba á ser de mí? lo ignoraba; pero á pesar de mi triste situación fui feliz en este laborioso albergue entre aquellas buenas gentes. Los hijos estaban sanos y alegres, la jóven madre los cuidaba con tierna solicitud y se ocupaba de los cuidados domésticos, mientras el padre, armado de su lanzadera me ligaba en su telar á otros muchos hilos compañeros de infortunio.

«La lanzadera del tejedor hizo tanto, y tan rápidamente corrió en su mano diestra, que pronto me ví trasformado en una finísima tela. ¿Debo yo decirlo? Pues al verme en tal estado tuve un presentimiento de mi nuevo destino. No sé qué instinto germinó en mí advirtiéndome que iba á pertenecer á alguna mujer y me estremecí de alegría. ¡Una mujer! ¿Conoces tú bajo la capa del cielo nada mas gentil ni mas adorable?»

—Oh! no, ciertamente que no, exclamé yo, tan entusiasmado, que hice sonreír al viejo periódico; pero te-

miendo que mi interrupcion lo distragara de su relato me apresuré á decirle:—¿Quedaste cuando fuiste elevado á la dignidad de fina tela, tal vez de batista; cuando presentias no sé qué voluptuosos destinos?

—Ay! continuó, no todo fué de color de rosa en mi nueva trasformacion: fui trasportado á un nuevo taller llamado de blanqueo, en que fui azotado, torcido y torturado; despues sufrí el martirio de la prensa y el empaquetamiento, y luego pasando de mano en mano, de carro en carro, llegué á los espléndidos almacenes de la moda y del buen gusto, donde escuché todas las palabrerias, embustes y regateos de los mancebos y de los parroquianos. ¡Cuántas lindas manos pasaron sobre mí! ¡cuántos bellos ojos admiraron con envidia mi finura! yo no concluiria si refiriera todo lo que sentí en aquella época.

«Al fin fui comprado; de nada menos se trataba que de los atavíos de una novia. Otra trasformacion y otro suplicio me preparaban! Las costureras se apoderaron de mí! Todavía me parece oír el crugir de sus tigeras corriendo sin piedad al través de mis delicadas mallas. Despues de las tigeras vinieron las agujas con sus incesantes picaduras. Si supieras qué buenos recuerdos conservo de la jóven costurera encargada de hacer de mí uno de los vestidos mas íntimos de la nueva desposada! Qué de confianzas me hizo acerca de su triste situación y la de sus compañeras! Entonces ví los deseos y las tentaciones que asedian á las pobres hijas del pueblo! Qué de suspiros recogí mientras velaba trabajando á la luz de su lámpara!

«Cuando concluyó la obra de las delicadas manos de la jóven artesana, ya no era yo la pequeña planta que habia balanceado graciosamente sus azules flores al soplo de la brisa en los cálidos dias de la primavera: no era yo el débil hilo devanado por las mujeres, ni la pieza de fina tela tegida en el telar oculto en la pobre choza á orillas del riachuelo; yo era.... preciso es decirlo, un peinador elegante, adornado de bordados, de cintas y encajes. En este brillante estado hice parte del presente de boda y fui espuesto, entre otras maravillas, en un salon donde las lindas señoritas casaderas, los padres, los amigos de la jóven desposada venian á admirarnos, exclamando: «¡Cuán feliz es!» ¡Insensatos! feliz porque iba á poseer todas estas frivolidades del adorno mujeril! Como si aqui abajo pudiese haber felicidad fuera de las alegrías del amor recíproco! La infortunada jóven se casaba con un rico viejo.... y la llamaban feliz! Su matrimonio fué un martirio noblemente soportado.

«La muerte del viejo marido vino á ponerle término. Yo era todavía un peinador elegante y coqueton, y Dios sabe cuán feliz era yo cada vez que mi bella ama echaba sobre mí una mirada de complacencia y me concedia el honor de ceñir su hermoso talle: ¡yo amaba á la ingrata!

«Desgraciadamente envejecí antes que ella, fui desechado, hecho pedazos, y creí en mi angustia que habia llegado el trance fatal, la última hora.

«Yo ignoraba que nada muere, que todo se transforma bajo el ojo de Dios, aquel fué el momento de mi mas cruel desesperacion cuando iban precisamente á abrirse ante mí los mas espléndidos y deslumbrantes horizontes.

«Convirtiéronme en harapos; una parte sirvió para hacer hilas, que una hermana de la caridad aplicaba con suavidad á una herida. La otra parte rodó de caída en caída hasta los abismos mas abyectos.

«¿Qué te diré, amigo mio? El gancho vil de un trapero me recogió del arroyo y fui arrojado en un sucio saco entre restos informes, mudos testigos como yo de

las grandezas y decadencias del adorno femenino. Yo no era mas que un trapo sin valor aparente, y sin embargo el pobre hombre que me recogió me hizo fiestas como si yo hubiese estado en el tiempo de mis esplendores.

«Comprendes tú lo que debí sufrir? pasar del gabinete de una mujer deliciosa al saco de un traperol! esto fué horrible!

«¿Quién hubiera podido predecirme entonces la suerte que me esperaba?

«El trapo despreciable fué comprado por un industrial inteligente, que me hizo pasar por muy crueles pruebas; por el suplicio del agua, por el tormento del fuego, hasta ser convertido en pasta, en caldo brillante de puro blanco, y echado en un molde en que recibí nueva metamorfosis y nueva vida, convertido en hoja de papel.

«No te relataré las operaciones del secado, las aperturas y dolores del cilindro, de la colocacion en resma, cortado, prensado, embalamiento y conduccion fatigosa, hasta entrar en la imprenta. Me timbraron y llegó al cabo el día solemne en que debía vivir con la vida de la inteligencia, ser el órgano del pensamiento humano.

«Qué terror se apoderó de mí cuando sentí crujir la máquina bajo la cual debía pasar! Pronto esta máquina se apodera de mí, me tuerce, me arrastra y me hace dar vueltas sobre planchas de plomo formadas con miles de pequeños caracteres. Cuando salí de esta terrible prueba yo vivia, era un periódico: era el defensor de las causas generosas; invocaba tu nombre ¡oh santa libertad! Estaba consagrado á buscarte ¡oh verdad eterna! Débiles, yo os tendia la mano! poderosos, yo os enseñaba el escollo en que se estrella todo poder!

«¿Qué día de orgullo y de triunfo aquel! pero ay! no fué mas que un día! Pasé de mano en mano; todo el mundo me interrogaba con ansiedad; yo era el depositario de los secretos del momento; todos acudían á preguntarme ¿qué hay? Hasta las mujeres no se desdaban de abrir mis grandes páginas y de pasar sobre ellas sus miradas.

«Pobre tallo de lino de azules flores, hilo imperceptible, fina batista, peinador discreto, trapo despreciado, ¿con que es cierto que yo no habia atravesado los oscuros limbos de tantas existencias incompletas sino para llegar á este brillante estado de desarrollo? Todos mis sufrimientos pasados, que tanto habia maldecido, debían conducirme á este hermoso despertar, á esta vida espléndida, aunque de tan corta duracion!

«Al día siguiente se me abandonó por periódicos mas frescos, cargados de nuevas noticias que ya no podia yo dar, y tú mismo, tú que por tu trabajo contribuías á mi nacimiento, ibas á entregarme á las llamas sin piedad, cuando tuve la feliz ocurrencia de implorarte, despertando en tu corazón sentimientos de piedad.»

El lenguaje del viejo periódico me habia conmovido, lo confieso, hasta el fondo del alma. Él se apercibió y yo no pude disimularle mi sentimiento al pensar que su carrera habia concluido y que nada podia ya esperar mas que la destruccion y la muerte.

«La muerte! exclamó él desplegando sus anchas hojas; la muerte! acaso existe la muerte en el sentido que tú le das?

«¿He muerto yo acaso cuando la mata de lino fué arrancada de la tierra y convertida en delgados hilos imperceptibles? ¿He muerto tal vez cuando el tejedor me heria con su lanzadera? ¿He muerto cuando las tigeras destruían la pieza de batista haciéndola pedazos para hacer el peinador? ¿He muerto cuando el peinador des-

hecho en girones fué arrojado entre las inmundicias? ¿Fuí muerto cuando fuí macerado, reducido á pasta y transformado en hoja de papel, aplastado por un cilindro y mordido por las ruedas de una máquina? Créeme, amigo mio, yo no moriré hoy tampoco; suplicándote que detuvieras mi nueva destruccion, he obedecido á ese instinto de conservacion, que es la ley de todas las existencias; pero hoy entreeo con calma el porvenir.

«Sea de mí lo que quiera que sea, mañana, reconvertido en cenizas, arrojado al viento por la ventanilla, yo no seré por eso menos parte esencial del gran todo, yo no viviré menos en el seno de aquel para quien el átomo vale tanto como la mas alta montaña. No te detengas, pues, y haz de mí lo que mejor te plazca.

«Salí un instante y dejé el periódico sobre la mesa, pensando en las estrañas ideas que acababa de oír; pero volví á entrar alarmado por una claridad que me espantó!

Era mi hijo que acababa de quemar el viejo periódico hablador. Me incliné para salvarlo, pero ya no era tiempo; oí la palabra «á Dios» al través del ruido de la llama: algunas chispas ardientes corrieron caprichosamente durante un segundo sobre el papel calcinado... y despues todo habia concluido!

Pobre viejo periódico, tranquilízate, no serás tú el solo condenado á sufrir tal destino! Acabo de encontrar á uno de estos flamantes Torquemadas chamusqueadores, á quien he contado tu historia, y me ha predicho con alegría, que concluiré como tú has concluido, por el fuego; y yo, animado por tu creencia le he dicho que el fuego no mata sino que purifica, y que si la materia no perece ni vuelve á la nada, cualquiera que sean las transformaciones á que la sometán las leyes de la naturaleza, menos destruirán el alma inmortal, por mas que la martiricen y chamusquen.

Pero despues de todo, me parece que el lechuzo no ha aprendido nada ni con la historia, ni con la moraleja del periódico atrasado; porque esas gentes ni aun de atrasados, con tal que sean periódicos, aprenden nada.

BELTENEEROS.

NUEVA PUBLICACION.

Con el título de *El Albor* ha empezado á publicarse en Madrid un periódico semanal, consagrado como el nuestro á la difusion de las luces entre las clases que mas abandonadas por la injusticia de la sociedad, se han retrasado relativamente en instruccion y en las ventajas sociales y políticas que con ella se adquieren.

Saludamos con júbilo al nuevo colega que tan poderoso auxilio viene á prestarnos en tan ardua tarea y le deseamos el mas feliz éxito en su empresa.

Como muestra de sus tendencias copiamos á continuacion un artículo de su primer número tomado al acaso entre los que contiene y que son á cual mas interesantes.

El Albor sale cuatro veces al mes en un pliego marquilla, y cuesta el insignificante precio de dos reales al mes.

Se suscribe en Cádiz en la redaccion de este periódico.

La educacion de la mujer.

Sin pretensiones á emitir ideas nuevas, y con el solo objeto de propagar las que creemos verdaderas y mas

dignas de la atención pública, emprendemos una tarea que debería ser objeto de personas más entendidas, y presentarse con el prestigio de nombres más autorizados.

La educación, que no debiera tener más límite ni obstáculo que los naturales, esto es, la capacidad é idoneidad del individuo, está sometida á muchas trabas materiales, algunas de ellas bien ridículas, si afectasen á un objeto menos elevado que el desenvolvimiento de nuestra clase. Pero, aun dentro del mezquino círculo en que hoy se la encierra, en todos los países cultos la primera enseñanza está ya al alcance de todos los hombres. La Prusia, sobre todo, es un dechado, respectivamente á las demás naciones, y la Bélgica está animada de muy buenos deseos, para no esperar que en breve se encuentre en igual caso.

Pero este progreso, por notable que sea en dichos países, comparándolos con el resto de Europa, se verifica exclusivamente en la primera enseñanza; de manera que los datos estadísticos, al fijar el estado de la instrucción pública, dividen el total de la población en individuos que *saben ó no saben leer y escribir*. Respecto al empleo de estas nociones preliminares, respecto á la aplicación y resultados de estos conocimientos, solo podemos juzgar en conjunto, por el estado de moralidad de cada pueblo. Es innegable, que de cada 400 criminales, se encuentra siempre un ochenta por ciento que no conoce el alfabeto, siendo de notar que solo el simple ejercicio de juntar sílabas á sílabas, lo cual aun no supone ningun raciocinio lógico, ni mayor predisposición á actos de virtud, arranca al crimen un sin número de víctimas, sin contar las que serian víctimas á su vez de los delitos de aquellas.

Otro de los hechos que constantemente acompañan á las estadísticas criminales, es la diferencia en pró de los que tienen familia, mayormente si esta familia ha sido creada por ellos, circunstancia muy atendible para el objeto que nos proponemos.

Aparte, empero, de consideraciones generales, y concretando la cuestión, debemos observar que, los pocos ó muchos progresos de la enseñanza en Europa, desde el año 1815, se refieren muy principalmente al *hombre*: la *muger* alcanza en ellos una escasísima parte. La causa de este lamentable hecho, reconoce, como todos los hechos lamentables, un error vulgar, universal; pero tan deleznable de suyo, que parece imposible lo que ha llegado á arraigarse, y nosotros mismos, á pesar de nuestros deseos, le auguramos muchos días de vida.

El error consiste en haber señalado á la *muger* en la sociedad un destino inferior al que le ha señalado Dios y la naturaleza. Este pecado, cometido por el hombre, hijo de la *muger*, no tiene mas que una esplicacion, bien vergonzosa por cierto para el género humano. La *muger* tiene menos fuerza material que el hombre.

Aun esta misma circunstancia que, sometida al debate, hubiera probado cuando mas que no era de fuerza física la misión especial de la *muger*, solo ha servido para hacer imposible el debate y para que fuese considerada como inferior en especie la *muger*, declarándolo así hombres que sin duda eran hijos de las peñas. Donde mas inverosímil parece semejante declaracion, sin que por eso sea menos cierta, es entre nosotros, dentro de una sociedad cristiana, cuyo Dios quiso germinar en el seno de una *muger*, tuvo por amigas y por propagadoras de su fé á otras miserables mugeres, aceptó de una *muger*, durante su tránsito al Gólgota, el escaso alivio consentido á sus sufrimientos, y ya mas próxima su muerte, entre las escasas palabras que su dolor le

permitia, para la *muger* las tuvo.

Y cuando no fuera ello bastante (que bien debiera serlo), cuando sus doctoras, sus mártires, sus santas, poetisas y artistas, no desmintiesen la equivocada opinión que respecto á la *muger* prevalece, el puesto que en el hogar ocupa, y en el cual no puede ser reemplazada, exigirían que el concepto se reformase, que la atención se despertase y que la aplicación de su mejor criterio hiciese variar por completo el fondo de las cosas.

El profundo error de que la *muger* en absoluto vale menos que el hombre, no puede prevalecer un solo instante donde quiera que la existencia de la familia sea dignamente estimada. Si la consideracion de que la naturaleza ha escogido á la *muger* para que en ella el *hombre* se haga carne y para que de sus venas estraiga el único jugo á él asimilable en el primer período de su vida, si esta consideracion, decimos, no bastase para manifestarnos toda la importancia de la *muger*; nuestro propio sentimiento, nuestra procedencia nos haria desear que esa importancia fuese muy elevada, so pena de negar la armonía en la especie, so pena de reconocer el amor maternal como un castigo y el amor filial como una preocupacion, y el lazo del matrimonio como una debilidad indigna del hombre conocedor de su valía.

Después de desmentir todas estas verdades, todavia seria menester cerrar los ojos á la influencia natural de la *muger* en los primeros desenvolvimientos de nuestro ser, así físicos como morales é intelectuales, hecho evidente, innegable, repetido sin interrupcion desde la primera familia humana y que solo desaparecerá con la estincion de nuestra raza.

De esta influencia nos ocuparemos en nuestro próximo artículo.

ROBERTO ROBERT.

EL TRABAJO ORGANIZADO.

(Continuacion.)

A la aproximacion del invierno, cuando en nuestros climas, perdiendo las plantas sus verdes hojas quitan á los animales herbívoros sus medios de subsistencia, la naturaleza, siempre previsora, retira á gran número de animales cuadrúpedos é insectos hasta el mismo estimulante conservador, el hambre. Entonces se adormecen completamente y esperan en un profundo letargo de algunos meses, la vuelta de la primavera y de la verdura. A otras especies, en lugar de adormecerlas, les inspira, por decirlo así, un nuevo instinto que llamaremos *necesidad de emigracion*, que las lleva á otros climas donde continúan su misión de comer frutos, cuyas sustancias están encargadas de asimilarse.

Habiendo interrumpido el profesor su lectura para tomar aliento, observó el doctor cuán imperiosa, cuán grande es la necesidad de la emigracion en ciertos animales. Buffon asegura que se han visto pajarillos criados en jaula casi desde su nacimiento, que no podian conocer ni echar de menos la libertad, sentir en los meses que su especie consagra á la emigracion, una inquietud y unas agitaciones que revelaban el deseo de cumplir su destino, cambiando de clima en épocas dadas.

Lo confieso, señores, este pasaje me ha parecido muy extraordinario y no he podido menos de preguntarme á

mí mismo ¿quién podía anunciar á estos pobres prisioneros la hora de la partida cuando estaban desde su nacimiento separados de sus compañeros?

El profesor.—La necesidad, el estimulante de la emigracion ha sido siempre objeto de admiracion para los pensadores; sin embargo, no es mas sorprendente que otra porcion que se observan en los animales domésticos; como, por ejemplo, el que atrae al pato en cuanto sale del huevo, á tirarse al agua que encuentra mas próxima, donde se revuelca con delicia. Los estimulantes no son hijos de la costumbre, son innatos y se manifiestan en cuanto llega la hora prevista por la naturaleza en que tienen las criaturas necesidad de sus impulsos, cesando en cuanto su tarea está terminada.

Y cogiendo de nuevo el manuscrito, dijo el profesor: pasemos revista á algunos de los instintos ó *estimulantes* encargados de atraer los animales al cumplimiento de la segunda funcion de que hemos hablado, hacia la reproduccion de la especie, y esta observacion nos confirmará en lo que acabo de decir relativo á los estimulantes.

Si la naturaleza prodiga los instintos á las diversas especies para que escapen de los peligros y se procuren el alimento; no es menos fecunda, ni menos ingeniosa cuando se trata de asegurar por la renovacion la perpetuidad de las especies.

Para forzar á los animales á reproducirse, la naturaleza les envia un estimulante indomable, *el amor*, en el momento conveniente para que el nacimiento del alimento de sus hijos coincida con su venida al mundo.

Pero no siempre basta el amor á asegurar la perpetuidad de las especies.

Cuando los hijos son débiles, necesitan á su entrada en el mundo mil delicadas atenciones, y por esto los pájaros poco antes de poner los huevos se sienten agitados por el *estimulante* que los escita á construir artísticamente un nido perfectamente apropiado á las necesidades de su cria; y debemos observar que el pájaro criado en una jaula, lejos de los de su especie, compondrá su nido de la misma forma y de las mismas materias que escogerá entre mil otras si las encuentra á mano; lo que prueba que el prisionero es impulsado por un estimulante comun á su especie y no por una necesidad de imitacion, puesto que jamás vió un nido ni pudo recibir lecciones de su madre, de la que fué separado aun antes de nacer.

Los nidos son diferentes como las especies. Los pájaros tan ardientes y activos para construir la cuna de su progenitura, tienen luego igual paciencia para cubrir los huevos; y sin embargo, nadie les ha enseñado que estando cierto tiempo sobre ellos, nacerán los polluelos. La incubacion es, pues, el resultado de un estimulante y no de un cálculo.

Algunos cuadrúpedos de los que viven en cuevas preparan tambien la cama para sus hijuelos antes de su nacimiento.

Tambien es preciso á veces defender la cria; y la naturaleza anima á los padres y particularmente á laembra de un poderoso estimulante, del *amor maternal*, capaz del mas gran heroismo, y superior muchas veces al de la conservacion ó *temor á la muerte*.

La Providencia, tan generosa, es sin embargo avara de sus resortes; cuando la tarea que un estimulante tiene mision de hacer ejecutar está ya realizada, el estimulante se le retira al individuo. Así con raras excepciones, el estimulante del *amor* dura cada año solo algunos instantes para los animales; y la gallina que ar-

rostraba por sus polluelos todas las fatigas y peligros, escitada por el amor maternal, cuando creciendo no necesitan sus cuidados ni defensa, el *amor* desaparece y los ve con la misma indiferencia que á los extraños. Si no fuesen estos ejemplos suficientes para probar la verdad de nuestra tesis, los encontraremos por cualquier parte que abramos el gran libro de la naturaleza; sea el que quiera el animal que observemos nos dará el mismo resultado: por tanto, nos creemos en el derecho de afirmar á propósito de los animales como á propósito de los vegetales:

1.º Que Dios ha dotado á los animales de órganos, de fuerzas y de los estimulantes necesarios al cumplimiento de sus destinos.

2.º Que Dios ha sido económico de sus resortes, puesto que los animales no tienen ni órganos ni fuerzas inútiles, y que lejos de eso les retira los estimulantes en cuanto les han hecho cumplir la tarea para que les fueron dados.

Fáltanos ahora buscar cuál es el destino terrestre del género humano, y cuáles son los instrumentos con que el Creador le ha dotado para que pueda cumplirlo.

Pero ante todo demos gracias al Todopoderoso que ha reunido el placer al ejercicio de los estimulantes, á la satisfaccion de las necesidades que ha distribuido á sus criaturas de tal modo, que el placer es la recompensa de la obediencia á las órdenes del Supremo Hacedor.

Habiendo el profesor suspendido la lectura para descansar un momento, dijo el farmacéutico:

—Las proposiciones cuyas demostraciones nos ha dado el señor profesor están tan de acuerdo con la justicia divina que no pueden menos de ser justas de un modo absoluto: por lo demás todas las ciencias exactas y naturales confirman las pruebas que acabamos de escuchar.

El botánico que ve una planta por la primera vez, reconoce en sus hojas, en su tallo, en sus raíces, etc. si ha crecido á la orilla del agua, sobre las escarpadas rocas, en los llanos descubiertos ó á la sombra de los bosques.

Nuestro gran Cuvier, examinando algunos huesos incompletos, decia si el animal á que habian pertenecido fué herbívoro ó carnívoro; si habitó en los valles, en las montañas ó en los pantanos; y no se contentaba con esto, describia con exactitud sus instintos y costumbres, la época en que habia desaparecido de la superficie de la tierra su raza antediluviana; lo que prueba cuán exactas son las relaciones entre los órganos y los estimulantes con los destinos de los seres.

Por los artículos no firmados:—**JUAN MOLINA.**

EDITOR RESPONSABLE:

Don Pedro Luis Carniago.

CADIZ: 1858.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA GUERRERO,

calle de S. José esquina á la de Armengual.